

El Español en Puerto Rico

JULIÁN MARÍAS

C

on aire de fiesta, con alegría generalizada en la Isla, en la gran mayoría de los países hispánicos de América y en España, se ha celebrado la declaración de que el español es la única lengua oficial de Puerto Rico. En algunas ocasiones se ha oscurecido u ocultado el hecho de que era ya lengua oficial, condición que compartía con el inglés. La novedad es la proclamación de su carácter único. Conviene precisar un poco las cosas, simplemente para no confundirse. Creo que han sentido alegría, sobre todo, aquellos a quienes importa la realidad. El español es la lengua de Puerto Rico, y se ha realizado su reconocimiento pleno. Lo ha sido desde que existe como tal comunidad, desde comienzos del siglo XVI. Cuando, en 1988, pasó de la soberanía española a la de los Estados Unidos, hubo algunos intentos poco afortunados, por ser poco inteligentes, de «asimilación», de imposición del inglés en diversos aspectos de la vida, inicialmente en la enseñanza.

La resistencia de los puertorriqueños fue grande y —salvo excepciones de extremistas— inteligente. Sin hostilidad al inglés, que es una admirable lengua, que comparte con el español la condición de ser una lengua universal, propia de muchos países, con deseo de no renunciar maniáticamente a ella, pero persuadidos de que pertenecían al mundo de lengua española, mantuvieron esta con fidelidad y tenacidad.

Con generosísima ayuda de los Estados Unidos desarrollaron un amplísimo sistema de enseñanza a todos los niveles, crearon la Universidad de Puerto Rico, obra principal de Jaime Benítez, y a ella siguieron otras privadas que han alcanzado considerable importancia. En español se ha publicado muchos años *La Torre*, revista universitaria en la que han aparecido número monográfico insustituible

sobre grandes figuras de España. Se dieron cita en la Isla, y sobre todo en su Universidad, muchos de los intelectuales más valiosos del mundo hispánico, y muy en especial, aunque no exclusivamente, los que habían tenido que abandonar sus países por falta de libertad, por presiones políticas de cualquier color. De este modo, Puerto Rico se fue enriqueciendo hasta alcanzar una importancia cultural mucho mayor que la que prometía su tamaño. Y, sobre todo, los puertorriqueños han seguido hablando y escribiendo, *viviendo* en su lengua, estudiándola amorosamente, persuadidos de que era la condición necesaria para conservar su personalidad y vinculación, su esencial pertenencia, a esa comunidad de más de trescientos millones

Los puertorriqueños viven en español. Muchos de sus habitantes «saben» inglés; pero no es su lengua, no crean en ella; y el mundo de los Estados Unidos, que conocen, acaso aman, no es el suyo, porque pertenecen a ese otro mundo que es el hispánico.

de personas que se llama el mundo hispánico. Han sentido que sería suicida escindir de él, a cambio de cualquier cosa que se les pudiera ofrecer.

Son muchos los puertorriqueños que saben inglés, que lo leen, hablan y escriben. Puerto Rico es un Estado Libre Asociado con los Estados Unidos, en una relación original y fecundísima, que podría aplicarse para resolver problemas de casi imposible solución en África y en otros lugares. Los puertorriqueños tienen la ciudadanía americana, las banderas de Puerto Rico y los Estados Unidos ondean juntas en la Isla, tienen en común la moneda, el correo, la representación diplomática; los Estados Unidos dan a Puerto Rico la garantía de la estabilidad y la libertad, y una ayuda

económica de cuya magnitud pocos tienen idea. Pero Puerto Rico conserva su personalidad propia, su autonomía, su capacidad de decisión en todos los asuntos propios. He dicho antes que los puertorriqueños *viven en español. No son*

bilingües, como gran parte de los habitantes de regiones españolas en el cual existe una lengua particular; estos tienen dos lenguas propias, ambas irrenunciables, que poseen desde hace siglos, de las cuales transitan con facilidad hacia la otra, que prefieren alternativa mente para los diferentes menesteres y funciones de la vida. No es este el caso de Puerto Rico; muchos de sus habitantes «saben» inglés, sobre todo los millones que se establecen libremente, con pleno derecho, en el territorio de los Estados Unidos, acaso para volver a la Isla. Pero no es su lengua, no crean en ella; y el mundo de los Estados Unidos, que conocen, utilizan, acaso aman, no es el suyo, porque pertenecen a ese otro mundo que es el hispánico, el cual es un verdadero mundo porque consiste en un repertorio de creencias, usos, costumbres, estilos de vida, secretos de familia; es una inmensa «casa» con muy diversos aposentos, dentro de la cual se puede circular sin la menor experiencia de extranjería. Y la raíz, la clave de bóveda, el elemento común que establece la unidad, es España, y los puertorriqueños bien lo saben. Cuando llegaron allí los Reyes de España —lo he visto— hubo una oleada universal de entusiasmos; y no sentían que hubiesen llegado los jefes de un Estado extranjero, ni siquiera los Reyes de España, sino los Reyes, los sucesores de los que habían sido los suyos durante cuatro siglos sin interrupción; es decir, los símbolos de su continuidad histórica. Esto es, creo yo, lo que significa la reciente clarificación sobre la lengua española. Desde esa instalación en la cual se vive con espontaneidad y en comunidad, sin exclusivismo, se mira con amistad a otros mundos, de los cuales se puede participar; se entienden, hablan o escriben otras lenguas, se reviven, asimilan y recrean otras culturas. Desde el español irrenunciable, Puerto Rico se asoma libremente a la totalidad del mundo.